

**SOBRE LA  
IMPOSIBILIDAD  
DE LA TRADUCCION**

**DAMASO LOPEZ GARCIA**

Dámaso López García

# INDICE

Prólogo .....	7
1. Sobre la imposibilidad de la traducción .....	9
2. Traducción y lengua .....	59
3. Evaluación de traducciones .....	87
4. Las traducciones de los sonetos de Shakespeare	103
5. La elegía XIX de John Donne .....	145
6. La huella de Young en España .....	163
7. El «Soneto sobre la Noche y la Muerte» de Blanco White .....	183
8. «La canción de los lotófagos» .....	195
9. Los problemas de la diácrisis en el monólogo de Molly Bloom .....	211

## PROLOGO

Se recogen en este volumen algunos ensayos sobre traducción que a lo largo de cierto número de años he ido escribiendo. Varios de ellos habían aparecido previamente en revistas o esperaban hacerlo algún día, otros son inéditos. Los que aparecen ahora por segunda vez han sido corregidos y revisados de manera que, en ocasiones, el original del que parten no es sino un vago recuerdo. Entre ellos hay ensayos juveniles, de los que puedo decir que no he corregido excesos, sino, por el contrario, algunas faltas de iniciativa que los hacían demasiado prudentes para los puntos de vista que querían expresar. Abrigo la convicción de que ciertas verdades siempre serán verdad aunque se susurren, mientras que otras, con iguales méritos, nunca llegarán a serlo si no se enuncian con alguna vehemencia. Por otro lado, me gustaría poder decir, como hace T. S. Eliot con alguna frecuencia, que apenas he modificado alguna opinión, y que no hallo motivos de desacuerdo respecto de las ideas que tenía hace diez o quince años, o que mi desacuerdo afecta a puntos menores de énfasis o a detalles sin importancia. Por el contrario, respecto de algunos aspectos, he cambiado de opinión de tal manera que incluso me cuesta reconocer cuál pudo ser la idea original. Confío en que, no obstante, las contradicciones más graves que puede advertir el lector sean soportables. El libro tiene la vaga unidad que podría proporcionarle el hecho de que sólo de traducciones se habla en él.

El ensayo sobre «Las traducciones de los sonetos de Shakespeare», apareció en la revista *EFI*, núm. 4-5. La traducción de la canción de Tennyson y la del soneto de Blanco-White aparecieron respectivamente en los núms. 49 y 67 de la revista *Peña Labra*. El ensayo sobre la «Evaluación de traducciones» se presentó como ponencia en el IV Simposio Nacional sobre Traducción Literaria y Científico-Técnica. Facultad de Filosofía y Letras, Cáceres.

## **SOBRE LA IMPOSIBILIDAD DE LA TRADUCCION**

La traducción es imposible. Se dice con gran frecuencia. Hay nombres, cuya importancia no se debe subestimar, que se han mostrado de unánime acuerdo respecto de este punto, aunque difieran grandemente respecto de muchos otros aspectos de método e incluso de doctrina. Muy bien. Es imposible traducir. Pero la imposibilidad a la que suele aludirse así es la imposibilidad de la Traducción. Es decir, es aquella imposibilidad que aconsejaría no construir más casas, pues, en definitiva, todas terminan teniendo goteras y cayéndose; porque no puede construirse la Casa. O bien, la que sugeriría que se prescindiese de la medicina, pues algunas enfermedades, ciertamente, son irreversibles y, más aún, hombres y mujeres terminan por morir; porque la Salud es inestable. Mediante esas dos clases de imposibilidad se alude a la vez a lo que nunca podrá lograrse y a lo que de manera más o menos perfecta se logra todos los días. La construcción y la patología son dos áreas semánticas claramente definidas que vienen de manera muy oportuna a determinar el entorno de lo que es y de lo que no es la traducción.

La traducción es, pues, imposible. Pero debería llamar más la atención —y no veo que se haga así— el hecho de que la traducción sea, al menos parcialmente, posible. Este hecho sí que es notable; y su posibilidad restringida, li-

mitada, si no obedece a un milagro o a alguna propiedad mágica —a ambas se ha atribuido—, debe de pertenecer, cuando menos, a un orden de acontecimientos para el que el conocimiento, en su forma actual, carece de una explicación convincente.

Y empeora las cosas el hecho de que no haya una elaboración griega sobre el asunto; de manera que parece como si se hubiese condenado a la teoría de la traducción, de manera irremediable, a la confusión por la mala suerte de que el carecer de un comienzo, una guía, que pudiera tener la virtud de mantener las discusiones dentro de unos márgenes de tolerancia más o menos aceptados, autorizase toda suerte de iniciativas individuales. Y sin embargo, si pienso en la «traducción» en un sentido más amplio que el habitual, el estado actual de casi todas las lenguas que se hablan en el mundo consiste en ser traducción de otras lenguas. Ninguna lengua puede reclamar un origen privativo ni presentarse como original, pues todas son herederas de lenguas que las precedieron y se hallan doblemente traducidas: sea en el sentido diacrónico, como descendientes de otra lengua a la que heredan y de la que se traducen, sea en el sentido de haber aceptado el proceso de traducción como principio fundacional; desde el momento en que Roma comenzó a importar masivamente la cultura griega, la traducción fue el bautizo de las lenguas cultas orientales y occidentales; una lengua que no traduzca —en la percepción ordinaria del fenómeno— es una lengua provinciana, mutilada, falta de aspectos fundamentales de la expresividad. Quizá, incluso, en tiempos recientes, podría decirse que se halla condenada a desaparecer. Lo primero que hacen las lenguas occidentales cuando en la Edad Media logran un cierto reconocimiento social es robustecerse mediante traducciones. Estos fenómenos distancian a la lengua griega del resto de las lenguas conocidas. La distancian, no la hacen diferente; la distancian porque no se conoce cómo se tradujo al griego, no porque no se hubiese dado el fenómeno allí de manera idéntica a como se ha dado en otras culturas y en otros tiempos. Y no puede sino pensarse que quienes han inaugurado la reflexión sobre toda suerte de problemas han obrado deliberadamente al carecer de esa elaboración.

No sé si estoy muy de acuerdo con las afirmaciones que hace Agustín García Calvo en sus «Apuntes para una historia de la traducción»<sup>1</sup>: «para los griegos no había otra lengua que las griegas, las que entraban dentro del hablar en griego; y por tanto “hablar” propiamente era idéntico con “hablar en griego”, puesto que lo demás era balbucear»<sup>2</sup>. Quizá era eso, si pudiera enunciarse así, lo que los griegos querían creer. Tal vez eran los propios griegos los interesados en borrar las huellas que de sus préstamos se dejaban por acá y allá. Algo parecido reconoce García Calvo:

Los griegos vivían rodeados de vecinos de lenguas «orientales», que practicaban la escritura de siglos atrás, y que contaban con abundancia de documentos, narraciones épicas y aun escritos en cierto modo literarios, que no sólo podían llamar a la curiosidad de los griegos, sino que he hecho, por caminos que aún no podemos comprender debidamente, influyeron en la formación de las tradiciones y por ende de la poesía griega.<sup>3</sup>

No hay pues un milagro griego, ni creo que dejaran de ser conscientes los griegos de sus deudas respecto de otros pueblos. Pero me parece difícil creer, que como parece que cree García Calvo, que el nacimiento de los «conceptos» se halle ligado al «nacimiento/cosificación» de las «ideas», como ideas griegas y universales. Si el análisis de García Calvo es correcto, la cultura árabe tiene tanto derecho a reclamar la universalidad como la cultura occidental. ¡Por supuesto que la reclama!, exclamará el lector. Reclamar la universalidad está al alcance de cualquier lengua con independencia de la cultura a la que dé expresión. Un ejemplo: «China» se dice en japonés *Chûgoku*, que quiere decir «país centro del mundo», siempre que se contemple desde China o desde Japón; mientras que *Nihon*, «Japón», declara: «país por donde nace el sol...» ¡Siempre y cuan-

<sup>1</sup> Agustín García Calvo, *Lalia*, Madrid, Siglo XXI, 1973.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 44.